

# Nosotras

## Latina Literature Today

edited by  
**María del Carmen Boza**  
**Beverly Silva**  
**Carmen Valle**

**Bilingual Review/Press**  
BINGHAMTON, NEW YORK

© 1986 by Bilingual Press/Editorial Bilingüe

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced in any manner without permission in writing, except in the case of brief quotations embodied in critical articles and reviews.

ISBN: 0-916950-63-8

Library of Congress Catalog Card Number: 85-73396

PRINTED IN THE UNITED STATES OF AMERICA

*Cover design by Christopher J. Bidlack*

*Cover illustration by G. Douglas Wood*

#### Acknowledgments

The editors wish to express our gratitude to both the Coordinating Council of Literary Magazines (CCLM), which awarded this project with a facilitating grant, and the National Endowment for the Arts (NEA), the parent funding agent.

We would also like to express our thanks to the many editors of journals, members of writers organizations and other groups, and individuals who helped us get out the word to Latina writers about this collection.

"The Scholarship Jacket," by Malta Salinas, first appeared in *Cuentos Chicanos: A Short Story Anthology*, Rudolfo A. Anaya and Antonio Márquez, eds. (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1984).

"The Moths," by Helena Maria Viramontes, first appeared in *201: Homenaje a la Ciudad de Los Angeles* (XhismeArte, 1982) and in the author's *The Moths and Other Stories* (Houston, TX: Arte Público Press, 1985).

All circumstances in the selections in this anthology are fictional and none of the characters exist in real life or are based on persons living or dead. Any resemblance to real situations or to persons living or dead is purely coincidental.

## La despedida

### *Barbara Myjica*

Yo no sé exactamente lo que pasó. La verdad es que yo me llevaba bien con la señora. Era una mujer resimpática, bien tranquila. No sé por qué después las cosas se echaron a perder.

Empecé a trabajar en aquella casa hace como seis meses. Fue una tremenda suerte haber encontrado a la señora Carolyn porque no todo el mundo está dispuesto a tomar a una mujer como yo, con una guagua. La prueba es que desde entonces no trabajo, excepto los martes y los viernes, cuando le plancho a la alemana que vive en la Massachusetts Avenue.

La señora Carolyn me puso las cosas bien claras desde el principio. Trabajaba, me dijo, y necesitaba que alguien le hiciera el aseo y se ocupara del niño . . . Billy se llamaba . . . tenía dos años y era un amor de chico . . . La niña . . . se llamaba Pamela . . . no era problema porque estaba más grande e iba al colegio. Lo importante, me dijo la señora, era que yo estuviera allí temprano, a las ocho, porque ella no podía llegar tarde a la oficina. No le importaba que yo llevara a Bertito, me dijo, porque le serviría de compañero a su hijito. Me pagaba treinta y cinco dólares al día.

—Pide cuarenta —me dijo Alberto.

—No —le dije. —Con los treinta y cinco estoy bien. Después me subirá.

—La Chely gana cuarenta y dos.

—La Chely no anda acarreado una guagua mientras trabaja —le dije. —Además, ella habla bastante inglés. Puede trabajar en cualquier casa. La ventaja aquí es que la señora Carolyn sabe castellano.

—¿Ah sí? —me dijo. —¿Qué tal habla?

—Chapurra no más.

—Ya.

Pero nos entendemos, y eso es lo principal. Otra cosa, Alberto, cuando una está aquí de ilegal, no puede pedir la luna.

—La Chely está aquí de ilegal. Todo el mundo está aquí de ilegal.

—Deja las cosas como están —le dije. —La señora Carolyn es rebuena persona. Me gusta.

—¿Y el tipo?

—¿Qué tipo?

—El, pu'. El marido de ella.

—¿Qué tiene?

—¿El anda en pelota mientras vos estáis allí con el cabro?

—¿Estáis loco? ¿Cómo se te ocurre?

Más tarde llamé a la señora Carolyn y le pregunté lo de la plata. Ella me dijo que por el momento no podía pagarme más. Me dijo que para ellos treinta y cinco dólares eran un montón, que su esposo le había dicho que era absurdo pagarle esa cantidad a una mujer que venía a trabajar con una guagua en brazos, pero que ella entendía mi situación porque también era una mujer con niños que tenía que trabajar.

—Se está aprovechando de vos —me dijo Alberto. —Igual te podría pagar los cuarenta.

—No entendí —le expliqué. Esta gente no es rica.

—No fueran ricos, no tomarían a una empleada.

—No es cierto, Alberto —le dije. —Ella me contó que con los dos trabajando apenas les alcanzaba la plata para pagar la renta.

La verdad es que la mujer me daba pena. Entre el trabajo y los niños y el marido, andaba medio vuelta loca. Era secretaria o algo así. Trabajaba en una empresa donde escribía a máquina y llevaba las cuentas.

—Mire, Rosa —me dijo un día la señora Carolyn. Mi marido está quejándose. No le gusta que venga con el bebé. Le dije que el niño no molesta, que usted lo deja en la andadera todo el día, pero él dice que más adelante, cuando empiece a caminar, va a destruirle todos los juguetes a Billy.

—No es cierto, señora —le dije. —Tendré mucho cuidado.

—Mire —me dijo. Sería tal vez más conveniente que usted llegara a las ocho y cuarto. Mi marido parte a las ocho . . . o a veces aún más temprano. Así no la vería . . . digo . . . no se ofenda, Rosa . . . lo único que quiero yo es evitar un conflicto. Ya sabe que a usted la estimo mucho . . . y la necesito.

—Sí, señora —le dije. —Entiendo.

—Pero no llegue después de las ocho y cuarto —me dijo. —Porque yo no puedo llegar tarde a la oficina. Y antes de ir a trabajar tengo que llevar a la Pamela al colegio.

A Alberto le pareció rebién el arreglo, —Ya que no teñí que estar allí tan temprano —me dijo —podí llevarme a mí al trabajo.

—No voy a alcanzar . . .

—Demás alcanzái. ¿A vos te parece justo que tengamos un solo auto y siempre te lo llevi vos? Ten un poco de consideración, por favor, Rosa. Estoy harto ya de tomar el micro.

Alberto trabaja de portero en un edificio que está en la Connecticut Avenue. Es un solo bus . . . el L2 . . . no es complicado . . . pero para evitar boches prometí dejarlo a él antes de ir a Bethesda, donde vive la señora Carolyn.

La primera vez que hice esa maroma me enredé bastante y no llegué al trabajo hasta un cuarto para las nueve. A la señora Carolyn la encontré en lágrimas.

—Pensaba que usted ya no venía —me dijo.

Me lancé a darle una explicación pero ella estaba demasiado trastornada para escucharme. Agarró a la Pamela y salió corriendo.

Al día siguiente también llegué tarde, esta vez porque Alberto se demoró en vestirse y en desayunar. Ella no dijo nada pero vi que estaba muy molesta. Al volver de la oficina entró a la cocina donde yo estaba dándole de comer a Bertito.

—Rosa —me dijo. —Usted sabe que yo no puedo permitir que usted aparezca a un cuarto para las nueve. Dos días seguidos he llegado tarde a la oficina. Esto no puede seguir. Me van a echar. Yo le expliqué cuál era mi situación cuando la tomé.

Alberto se puso furioso cuando le dije que ya no iba a poder llevarlo al trabajo.

—Vos soi una gran egoísta —me gritó.

—¿Qué querí que te diga? —le contesté. —La patrona dice que tengo que llegar temprano. Si te parece bien, te llevo a las siete y media. Así estoy donde ella a las ocho y cuarto.

—Muy temprano para mí.

—Pues, mala pata. No son tantas las opciones. Vos demás podí tomar un bus, porque trabajas en pleno centro, mientras que yo tengo que llevar el auto porque el micro no llega a esa parte de Bethesda.

Después de eso hice un esfuerzo por llegar siempre a tiempo aunque dos o tres veces me atrasé porque con una guagua es bien difícil. A veces se llena de pichí justo a la hora de partir o, qué sé yo, a veces devuelve la comida . . .

Un día no sólo llegué tarde sino que pa' más remate la guagua estaba bien resfriadita. Al

principio ella no dijo nada pero miró a Bertito como si fuera un gusano y entonces miró a su niño y iexpiró. "Bueno," parece que estaba pensando, "¿qué se le puede hacer?" Esa noche nie llamó y me dijo que Billy estaba empezando a toser y que por favor no fuera con Bertito al día siguiente.

—¿Y cómo se las va a arreglar usted? —le pregunté.

—Tendré que tomar el día no más —me dijo.

—Pero a usted le pagan igual, ¿no es cierto? —le pregunté.

—No —me dijo, bien cortante.

Después me explicó que su esposo se había puesto a rabiar como un demonio porque ella había tenido que quedarse en casa con el mocoso y me pidió que por favor, que no volviera a venir con la guagua resfriada.

—¿Y qué voy a hacer si un día Bertito amanece con catarro? —le pregunté.

—No sé —me dijo. —Cuestión suya. Tendría que encontrar con quién dejarlo.

Yo no sé si estaba realmente enfadada o simplemente estaba preocupada o tal vez cansada. Estaba parpadeando muy rápido y me pareció que estaba tratando de contener las lágrimas.

Después de eso todo anduvo bien por un tiempo. Claro que hubo uno que otro incidente. Una vez Bertito rompió el juguete favorito de Billy. Yo estaba bien asustada, y la señora Carolyn saltó corriendo a reemplazarlo antes de que llegara su esposo y se diera cuenta.

—¿Para qué se lo vamos a mencionar a Charles? —me dijo sonriendo. —What he doesn't know won't hurt him.

Yo no entendí exactamente lo que quería decir con eso pero sí me di cuenta de que ella estaba tratando de protegerme y de protegerse a sí misma.

En diciembre la señora me llamó a la cocina y me dijo que pensaba darme cinco días de vacaciones: el 24, 25 y 26 de diciembre y entonces el Año Nuevo y el día anterior. Esos eran los días que le daban a ella en la oficina, me dijo. Yo estaba contenta y le di las gracias.

—Pídele toda la semana del 24 —me dijo Alberto. —A mí me dan toda la semana. Así podemos ir a Nueva York a visitar a mi hermano Fernando,

—No puedo —le dije. —Ella tiene que trabajar los otros días. A ella no le dan toda la semana libre.

—Pucha —dijo él. —¡Cómo dejái que esa gente se aproveche! Dile a la vieja que ten! que tomar toda la semana no más. Si no le gusta que se vaya a la mierda.

—¿Y si me echa?

—Qué te va a echar. Te necesita. ¿Dónde más va a encontrar a alguien que se encargue del mocoso y le limpie la casa por treinta y cinco pesos al día?

—No sé —le dije. —No me gusta ponerle problemas. Se ha portado rebién conmigo.

Yo pensaba que la señora Carolyn se iba a enojar cuando le pedí el tiempo, pero me dijo que no me preocupara, que su esposo no trabajaba esa semana, la semana del 24, y a lo mejor él se podía encargar de Billy y de la Pámela, que también estaba de vacaciones del colegio. Se lo agradecí mucho.

Pero después, esa noche, me llamó por teléfono y me dijo que cuando le había propuesto a su marido que se ocupara de los niños para que yo pudiera ir a Nueva York a visitar a mi cuñado, él había puesto un grito en el cielo, que había dicho que era el colmo, que no solamente yo cobraba un dineral y llegaba con mi mocoso mugriento y enfermizo sino que ya me estaba dando aires de ejecutivo y pidiendo vacaciones pagadas y . . . qué sé yo . . . me dijo un montón de cosas más que yo no entendí.

Total, me fui con Alberto de todos modos, y cuando volví me fijé que la señora se había puesto algo seca conmigo . . . aunque ella sabía muy bien que yo no tenía la culpa.

Mientras tanto Alberto seguía fregando por lo de la plata.

—Treinta y siete al día aunque sean —me dijo.

—Es que me da pena —le dije.

—Es que nosotros necesitamos la plata.

—La tendríamos si vos tuvierai más cuidado —le dije. —¿Quién te dijo que salierai a comprar un estéreo? Pucha, si hace un año que no me compro un vestido.

—Esa es cosa aparte.

Esperé un par de días porque pensaba que la señora podía estar molesta todavía por la talla de las vacaciones. Entonces le pregunté cuándo podía esperar un aumento.

—Aunque sean un par de dólares al día —le dije. —Diez dólares más a la semana.

Ella dijo que encontraría la manera de conseguírmelos,

—Por favor, no se fo mencione a Charles —me dijo. —Los sacaré del dinero que me da para el mercado.

A mí no me importaba de adónde diablos los sacara. Lo único que quería yo era que Alberto dejara de molestar. Además, yo estaba trabajando muchas horas. Los malditos dos dólares al día me los merecía. Se suponía que yo me fuera a las cuatro, cuando ella llegaba del trabajo, pero por esa época mi hijito Berto estaba empezando a negarse a estar el día entero en la andadera. Ya caminaba y se metía en todo, no me dejaba hacer nada en la casa. Entonces muchas veces me quedaba hasta las cuatro y media o aún hasta las cinco para terminar de barrer o de sacudir . . . aunque no tenía la obligación de hacerlo . . . ¿me entiende? . . . porque el arreglo era que me fuera a las cuatro . . . pero me daba pena dejarla así con todo el aseo por hacer porque a veces venía agotada de la oficina. Tengo que reconocer *que* la señora Carolyn trabajaba bien duro, tan duro como yo.

Pero la talla es que se acostumbró a que me quedara hasta más tarde, y eso es lo que no me gustó. Empezó a llegar tarde siempre los martes, porque decía que estaba tomando una clase de ejercicios aeróbicos . . . baile y ejercicios combinados o no sé qué cosa . . . y que por favor me quedara hasta las cinco. Decía que le hacía falta hacer ejercicio porque tenía un trabajo muy sedentario, y eso es muy malo para la salud. "Le haría bien limpiar su propia casa si lo que necesita es hacer ejercicio," pensé.

Yo le dije que sí, que me quedaría, pero después me arrepentí porque a Alberto le cayó remal que yo llegara siempre tarde los martes. A Alberto le gusta que la comida esté en la mesa las ocho y si salgo a las cinco no llego a casa hasta las cinco y media o un cuarto para las seis. Y entre bañar a Bertito y darle de comer y hacer la cena . . . pues a veces me atraso y no alcanzo a tenerlo todo listo cuando llega Alberto.

—¿Y cómo que está tomando una clase? —me dijo.

—Sí —le dije. —La señora Carolyn insiste en que una mujer necesita eso. A lo mejor yo también debería tomar una clase de baile. ¿No veí como todas las americanas salen a trotar por la mañana? Se cuidan el cuerpo. No es como en los países de uno, donde la mujer de cuarenta años ya está vieja y gorda. La gringa es bien admirable.

—¿Y no dijistes que no tenían plata?

—¿Y?

—Pues, esas clases cuestan plata. ¿Qué? ¿Vos creí que es gratis?

Las cosas se echaron a perder definitivamente el día en que el señor no fue a trabajar. Estaba leyendo el periódico en el comedor cuando yo llegué.

—Goo momee —le dije, Desgraciadamente nunca aprendí a pronunciar muy bien en inglés.

—Good morning —me dijo. Pero no me miró.

—¿Se encuentra usted mal hoy? —le pregunté. Me pareció bien raro que no fuera a trabajar. El no me contestó. Siguió mirando el diario y sorbiendo su café . . . si es que se le puede llamar café a esa agua sucia que toman los gringos . . .

Esa mañana me fue mal en todo. Bertito se había puesto increíblemente travieso. Apenas yo guardaba una cacerola, él la sacaba. Yo estaba tratando de distraerlo a él cuando Billy se

acercó a la escalera. La verdad es que ni siquiera lo vi caer, pero de repente oímos un grito y era que Billy se había tirado de cabeza por los peldaños. Bajé corriendo. Se había golpeado pero no pareció demasiado serio. Su papá lo examinó por todos lados. A mí me miró feo, como si hubiera tenido la culpa yo. Le acaricié la nuca y le dije que no llorara, que se portara como un hombrecito. Dentro de poco el niño dejó de llorar. Le pregunté al señor si iba a llevarlo a la sala de emergencia para que lo chequearan. El dijo que no, que no le parecía necesario. El cabro ya estaba jugando en su cuarto, riéndose con un disco del Pato Donald. Fuera hijo mío, lo habría llevado a la clínica por si acaso.

—Rosa —me dijo el señor cuando la crisis había pasado —tengo que hacer un viaje de negocios la semana que viene. Voy a partir el lunes. Necesito que usted me lave y planche todas las camisas para que yo pueda hacer las maletas. ¿Me entiende, Rosa?"

A mí me carga que la gente me diga "¿Me entiende, Rosa?" como si fuera una idiota. Es cierto que no domino bien el inglés, pero no soy tonta, comprendo cuando me hablan. Bueno, él fue a su cuarto y se vistió y partió. Los dos niños no hicieron más que chillar ese día. Primero Berto le agarraba un juguete al otro y éste se ponía a gritar. Entonces Billy le daba una cachetada a Bertito o le tiraba el avioncito o le quitaba la frazadita. Estaba muy sublevado, a lo mejor por la caída. La verdad es que se me olvidaron las camisas.

Esa noche estábamos saliendo Alberto y yo cuando sonó el teléfono. Era la señora Carolyn.

—Charles está furioso —explicó. —Dijo que le pidió a usted que se ocupara de sus camisas y aquí están las camisas sin lavar.

—Ah —le dije. —No tuve tiempo.

—Bueno, Rosa —me respondió. —A usted le pagamos por hacer ciertas cosas y no podemos aceptar que no las haga.

—Mire, señora —le dije. —Pasaré mañana sábado en algún momento. ¿Está bien?

—Bueno —dijo. —No se olvide.

—¡Mierda! —dijo Alberto. —¡Vai a pasar el sábado planchando? ¿Y a mí me pensái dejar solo con el cabro?

—¿Qué se le puede hacer? Llevo al niño conmigo, si querí.

—Bueno —dijo, calmándose. —Por lo menos serán unos pesos extras. Cóbrale bien caro, ¿oístes? No es como si el sábado no fuera un día feriado.

El sábado estuvimos ocupadísimo Alberto y yo. Fuimos a Silver Spring a comprar una alfombra para el living. ¿No ve que es el único día que tenemos para ocuparnos de nuestras cosas? También fuimos al mercado y llevamos la ropa sucia al laundromat porque no tenemos máquina en el departamento. Cenamos con un chico que trabaja con Alberto y con la polola de él . . . una niña relinda . . . uruguaya . . . Fuimos a un pequeño restaurante chileno que hay en el centro y comimos empanadas y pastel de choclo. Llegué donde la señora Carolyn como a las diez de la noche.

El abrió la puerta. Tenía cara de pocos amigos.

—Carolyn ya lavó las camisas —me dijo. —Sólo necesito que usted me las planche.

—Menos mal —le dije. Sólo tengo una hora. Mi marido regresa por mí a las once.

Bajé al basement y me puse a trabajar. Me había dejado doce camisas pero sólo logré planchar ocho.

—¿No va usted a terminar? —me preguntó la señora Carolyn.

—No puedo —le expliqué. —Alberto ya debe de estar esperándome en el auto delante de la casa.

Y entonces le dije: —Ah, señora Carolyn, usted me debe treinta y dos dólares.

—¿Y cómo?

—Por las camisas. Alberto me dijo que le cobrara cuatro pesos por camisa.

La señora Carolyn se puso lívida.

—¿Y usted piensa que le voy a pagar extra por hacer lo que debería haber hecho ayer? ¿Cómo se le ocurre? Mire, Rosa —me dijo. Apenas podía articular las palabras. Era como si se le atragantaran. —Nosotros hemos sido bien flexibles con usted. Dejamos que venga con su niño, y no crea que yo no sé que usted se pasa el día entero tonteando con él en vez de limpiar la casa.

—Yo pongo un día bien largo, señora —le dije.

Allí es donde perdió la calma. Empezó a enredarse con el español . . . a decir dos palabras en inglés y una en castellano.

—¡Un día bien largo! —balbuceó.

Y entonces se descolgó con una gorda. —Pedazo de mierda —gritó. —Pedazo de mierda (o algo por el estilo, sólo reconocí la palabra "shit" y algunas otras barbaridades). ¿Tú pones un día bien largo? Tú trabajas unas dos horas al día en esta casa. El resto del tiempo estás cambiándole los pañales sucios a tu mocoso. Nosotros le pagamos exactamente lo que le pagaríamos a una mujer americana que hablara inglés y que pudiera llamar al doctor en una emergencia, que no estuviera aquí de ilegal, que pusiera ocho horas de trabajo . . . y tú te portas como una mierda con nosotros. ¡Porquería!

—Algo así me dijo.

Entonces se echó a llorar.

Don Charles se metió la mano al bolsillo y sacó treinta y dos dólares.

La señora Carolyn seguía: —Y tú piensas que te vamos a pagar un día entero por una hora de trabajo que hiciste. Si hemos estado esperándote todo el día. Ni siquiera llamaste. No sabíamos si venías o si no venías. Y de repente apareces a las diez de la noche y haces un par de cosas y exiges que te pagemos casi un día entero. Por Dios, Rosa, por Dios.

Hipaba mientras hablaba. Ya no estaba gritando,

—Cálmate —le dijo él. —No te aflijas, Carolyn. Total, ¿qué se le puede esperar a una mujer así? Por una mujer así no vale la pena afligirse.

—Tome —dijo, tendiéndome el dinero. —Y no vuelva.

—No se preocupe —le dije. —No pienso volver.

A mí también se me llenaban los ojos de lágrimas.

Al subir al auto le conté a Alberto lo que había pasado.

—No importa —me dijo. —Encontrarás otro trabajo.

Pero me di cuenta de que no estaba nada contento porque la que realmente mantiene a la familia soy yo. El no gana casi nada allí donde trabaja.

—No sé por qué esto tuvo que pasar —le dije.

—Cosa de mujeres—contestó Alberto. —No pueden estar sin armar boches . . . siempre peleando . . .

—Y justo ahora —dijo. —Justo cuando el señor se va de viaje. ¿Qué va a hacer la señora Carolyn? No puede faltar al trabajo . . .

—Que se las arregle como pueda.

Pero la verdad es que me da pena esa mujer. Muchas veces pienso en ella y me pregunto cómo le ha ido, si encontró a otra muchacha o si deja a Billy en una guardería . . . pobre niño . . . era un amor de chicoco . . . y ella . . . era redije, resimpática. Me gustaba trabajar en su casa. A veces tengo ganas de llamarla para ver cómo está . . . pero sé que no se puede. Es una lástima. De veras. Es una lástima.